

## INNOVACIONES EN LA ENSEÑANZA DE LA LECTURA EN EL MÉXICO INDEPENDIENTE, 1821-1840

A principios del siglo XIX, durante el periodo de las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812, los dirigentes liberales promovían la formación cívica de los ciudadanos de la monarquía española. Se pensaba que era importante que la gente supiera leer para poder participar con eficacia en un sistema de gobierno constitucional y representativo. Este nuevo estímulo para la lectura se añadía a motivaciones anteriores que ligaban la capacidad de leer con la formación religiosa o con la asimilación de conocimientos técnicos e información de naturaleza utilitaria.

En México, durante la insurgencia y en la primera década de la nación independiente, el interés del público en los asuntos políticos aumentaba y se leía un número mayor de periódicos, panfletos y “catecismos políticos”<sup>1</sup>. Entre 1820 y 1835 se publicaron más de 3 000 folletos, la mayoría de los cuales trataban temas referentes a las posibles formas de gobierno para la nueva nación, o contenían análisis de problemas económicos, críticas al sistema colonial, o ataques a los gobernantes y a los españoles<sup>2</sup>.

El gobierno de la primera república federal y muchos ciudadanos se esforzaban por abrir más escuelas de primeras letras y por mejorar la calidad de la educación. En muchos estados se adop-

<sup>1</sup> La tradición del catecismo político había empezado en la Francia revolucionaria a finales del siglo XVIII y pasó a España en 1793, cuando se publicó el *Catecismo del Estado* . . . , que apoyaba el derecho divino de los reyes. El enfoque de los catecismos cambió a principios del siglo XIX, cuando los liberales los escribieron para explicar la Constitución de 1812 y para oponerse a la invasión napoleónica. En México, después de la independencia, varios estados legislaron que se debía usar un catecismo cívico o político en las escuelas y se publicaron varios de estos textos entre 1821 y 1840.

<sup>2</sup> LUCINA MORENO VALLE, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, 1821-1823*, UNAM, México, 1975, p. xxv.

tó el sistema de enseñanza mutua, promovido por la Compañía Lancasteriana. Por este método, los alumnos más avanzados, previamente instruidos por el maestro, enseñaban a grupos de diez niños. Así se podían tener grupos de clase de cien a doscientos niños, pero con bajos costos al pagar únicamente a un preceptor.

Además de cambiar la manera de organizar la enseñanza, durante las primeras décadas del siglo XIX se introdujeron nuevos métodos para enseñar a leer y a escribir. Bajo la influencia del pedagogo español Vicente Naharro<sup>3</sup>, se empezó a emplear el silabeo como primer paso en la instrucción, en vez del deletreo. También se introdujeron cambios en la práctica educativa que venía de siglos atrás, por la cual el alumno aprendía primero a leer y sólo meses o años más tarde, a escribir. Durante las primeras décadas del siglo, especialmente en las escuelas lancasterianas, se enseñaba a leer y escribir al mismo tiempo; la formación de las letras era una ayuda para el aprendizaje de la lectura, en vez de ser una asignatura separada y posterior.

En este ensayo se analizarán las innovaciones en la alfabetización realizadas en México por Matías de Córdova, la Compañía Lancasteriana, Víctor María Flores y Nicolás García de San Vicente.

#### MÉTODO DE MATÍAS DE CÓRDOVA

A principios de 1824, llegó a Chiapas (que no se incorporó a México sino hasta septiembre de ese año) un decreto del gobierno guatemalteco, en el cual se pedía información sobre los establecimientos de primeras letras y, al mismo tiempo, se ofrecía un premio a quien “mejor escribiera una cartilla que simplifique el método de enseñar a leer y exprese con más claridad los deberes del cristiano y del ciudadano”<sup>4</sup>. Matías de Córdova, un fraile dominico de Comitán, Chiapas, respondió con el envío de un escrito

<sup>3</sup> A principios del siglo XIX Vicente Naharro desarrolló un método para enseñar a leer basado en el silabeo. Su libro se divulgó tanto en España como en México. Para un análisis de la enseñanza de la lectura y escritura en la Nueva España véase DOROTHY TANCK DE ESTRADA, “La enseñanza de la lectura y la escritura en la Nueva España”, en *Historia de la lectura en México*, El Colegio de México-Ermitaño, México, 1988, pp. 49-93.

<sup>4</sup> Decreto del 2 de enero de 1824, en ANDRÉS LIRA, “Las escuelas de primeras letras en la municipalidad de Guatemala hacia 1824”, *AELa*, 3 (1970), p. 123.

sobre el sistema de enseñanza mutua de los ingleses Andrew Bell y Joseph Lancaster e incluyó su propio método, dividido en cinco secciones: “Ilustración popular”; “Advertencia a los maestros”; “Cartilla”; “Reglas para leer en el sistema antiguo”; y “Ortografía”<sup>5</sup>.

Córdova informaba a las autoridades de Guatemala que desde 1810 había empezado a desarrollar una nueva manera para la enseñanza de la lectura, que era adecuada para niños y adultos; sólo se requerían sesenta días para “aprender a leer con perfección y escribir, aunque sin buena forma”. En el periódico de la ciudad de Guatemala se informó que varias mujeres de Comitán y Ciudad Real habían concluido la enseñanza en un tiempo de doce a dieciocho días<sup>6</sup>.

En el ensayo sobre la “Ilustración popular” Córdova analizaba los obstáculos que habían estorbado la alfabetización y alargado el tiempo requerido para aprender a leer. Estos obstáculos consistían en el sistema irracional de ortografía, el mal método de enseñanza y la resistencia de los niños a aprender. Proponía varias reformas ortográficas para facilitar el aprendizaje. Primero, quitar las diferencias de figuras para una misma letra. La letra *a* tenía, por ejemplo, tres figuras: mayúscula, minúscula y cursiva, lo que ocasionaba dificultades al alumno principiante. Otras letras, la *o*, *c* y *p*, no tenían diferencias entre mayúscula y minúscula. Preguntaba el pedagogo: “¿Por qué no se podrá hacer lo mismo con todas las demás?” Segundo, eliminar la *x* porque se duplicaba su sonido con la *g* y la *j* (gícara, jícara, xícara) y sólo usar la *j* para pronunciación fuerte (Méjico) y la *g* para la pronunciación suave (gusto). Tercero, cambiar la manera de pronunciar la *c* y la *q*, haciéndolas iguales cuando se les combinara con cualquier vocal. Según esta idea, por ejemplo, *c* combinada con *e* o *i* tendría el mismo sonido que con *a* u *o*, “escribiendo y pronunciando v.g. *cerella*, *cinto* en lugar de *querella*, *quinto*” (“Ilustración popular”, f. 3 v<sup>o</sup>).

Córdova presentaba, además, reformas fundamentales en el método de enseñanza. Abolió el deletreo, que se había utilizado durante siglos para enseñar a leer. En el deletreo el alumno pronunciaba el nombre de cada una de las letras de una sílaba, antes de decir la sílaba. Córdova opinaba que este método

<sup>5</sup> Archivo General de Guatemala (en adelante AGG), *Municipalidad. Año de 1824*, legajo 9, núm. 15 (23075).

<sup>6</sup> LIRA, art. cit., p. 139; J. A. GUTIÉRREZ (ed.), *Matías Antonio de Córdova y Ordóñez. Obra pedagógica*, Tuxtla Gutiérrez, 1975, p. 1.

confunde para percibir la pronunciación de las sílabas, debiendo expresar en el deletreo los nombres de las consonantes compuestas de varias letras, que no deben pronunciarse y tal vez ninguna tiene el sonido que ha de tener en la sílaba [...] Es cosa sensible ver las angustias [...] cuando en el detestable [deletreo] pronuncia equis, ege, efe, ege, sin atinar que toda esta barunda [*sic*] quiere decir xefe (“Ilustración popular”).

Le parecía que no era tan difícil quitar el deletreo de las vocales, ya que se podría expresarlas por su mismo sonido y no por su nombre. Pero no era así para las consonantes. ¿Cómo pronunciar *s* sin decir su nombre “ese” que, de hecho, era un sonido que no correspondía al sonido de esta letra cuando estaba combinada para formar una sílaba? El fraile había encontrado esa idea en las del pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi, quien evitaba que sus discípulos pronunciaran las consonantes solas, añadiéndoles una *e* muda, “pero como esta vocal es desconocida en la pronunciación castellana, no estamos en el caso de adoptar el arbitrio”. Córdova proponía otra solución. Creía que no se podían pronunciar las consonantes sin el auxilio de una vocal y decidió poner la vocal antes de la consonante. Proponía que se pusiera “letra” o “la” antes de cada consonante, y que se pronunciaran juntas. Así, en vez de decir “efe” o “de”, se debía decir “letraf” o “laf”; “letrad” o “lad”. Con este método se podría dar a las consonantes su “sonido neto” y eliminar el deletreo. Gregorio Torres Quintero indicó que el método de Córdova le confirió el honor de ser “el introductor o fundador en México de la enseñanza fonética de la lectura”<sup>7</sup>.

En la “Advertencia a los maestros” de 1824 y en el libro *Razón del método*, publicado en 1828, Córdova describía su método<sup>8</sup>. El maestro no enseñaba con libros, sino con ayuda de cartoncitos

<sup>7</sup> TORRES QUINTERO, “Chiapas, cuna del fonetismo. El método cordovense”, *Revista Chiapas y México*, 15 de febrero de 1910. Gregorio Torres Quintero, al analizar el método de Córdova en 1908, concluyó que el fraile debía haber conocido los escritos franceses de Velange, del siglo XVIII, y de Doubonton (1810), que utilizaban el método del eco, en que se pronunciaba una palabra cuya última sílaba era el sonido de la consonante. Por ejemplo, la palabra francesa “plume” daba el sonido de la *m*. Opinó que “Córdova seguía un camino semejante sin ser idéntico ya que colocaba la consonante después de una vocal, «daf» o a veces antes de una vocal «fa»”.

<sup>8</sup> TORRES QUINTERO menciona haber visto un librito de 1828 intitulado *Razón del método del Dr. Córdova y Reglamento minucioso de las observaciones y conducta que observarán los maestros de él*. Concluye que el libro es la *Guía metodológica*, pero no el texto ni el silabario que según parece también fueron publicados.

en los cuales estaban escritas en cursiva las letras del alfabeto; se utilizaba un cartoncito para cada letra. Se colgaban todos los cartones frente al grupo. Cada discípulo tenía una pizarra o, en su defecto, un ladrillo liso, y usaban gises hechos de barritas de yeso.

El maestro indicaba una vocal, la pronunciaba, y hacía que cada alumno la pronunciara. Luego mezclaba los cartones y pedía que un discípulo encontrara y pronunciara la vocal<sup>9</sup>. Conocida la letra por la vista y el sonido, se escribía en la pizarra. Luego se enseñaban los sonidos de las consonantes. Para la *f*, por ejemplo, el maestro decía:

Ésta es la letra *f*.

Es un indicativo de cerrar la boca con el labio inferior y los dientes arriba: si primero se escribe esta letra y después una *a*, quiere decir que primero se cierra la boca con el labio inferior y los dientes y después se pronuncia la *a* diciendo *fa*.

Por el contrario, si primero se escribe una *a* y después la *f*, quiere decir que primero se pronuncie la *a* y después la *f*, así: *af*.

[Luego el maestro mostraba cómo se debía escribir en letra cursiva minúscula la *f* en las pizarras]<sup>10</sup>.

Cuando el alumno ya conocía letras suficientes para hacer algunas combinaciones, se empleaba la *Cartilla*. Según la cartilla de 1824, se enseñaba la *f* después de la *a*, *e*, *b*, *i*, *o*, *u*, *c*, *d* y *r*; como se puede ver, se combinaba la nueva letra con las ya sabidas, dictando el maestro las palabras para que los alumnos las escribieran, sin tener la cartilla a la vista:

*f*, = *fa*, *af*, *afear*, *freír*, *feado*, *adufe*, *bufar*, *bufijo*, *feo*, *café*, *cofre*, *fabricado*, *furia*, *frío*, *federico*<sup>11</sup>.

Para no cansar a los discípulos se recomendaba dar lecciones de una hora por la mañana y otra por la tarde. El resto del tiempo se podría usar en repasar lo aprendido.

“Conocida la última letra y sabida la forma, debe considerar-

<sup>9</sup> En la *Cartilla* de 1824 la primera lección era de *a* y *e*, pero en 1828 era de *o*.

<sup>10</sup> TORRES QUINTERO, art. cit.

<sup>11</sup> En la “Advertencia a los maestros” de 1824, CÓRDOVA recomendaba que se hiciera leer a los alumnos en la cartilla hasta que no tuvieran errores y escribieran después lo mismo que habían leído. Pero en 1828 el libro recomendaba que el maestro dictara primero las palabras de la cartilla para que el alumno las escribiera, y luego las leyera.

se concluida la enseñanza de leer y escribir''. Pero para perfeccionar la lectura aprendida en unos quince o veinte días, se daban ejercicios tomados del *Tratado de ortografía* escrito por Córdova, que presentaba reglas de pronunciación, puntuación y tono para la lectura. Para practicar la escritura, los discípulos debían utilizar muestras de cada letra, que se metían dentro de un papel transparente sobre el cual se calcaba con pluma<sup>12</sup>. También se podían copiar las "Reglas para leer en el sistema antiguo", que mostraban cómo la figura de las letras mayúsculas (que en el método de Córdova no se utilizaban) era diferente de las minúsculas. Se explicaba que *c* y *q* no tenían, de hecho, un sonido constante, como había enseñado Córdova, y se presentaban las consonantes que el fraile había eliminado: *h, g, v, x, y*<sup>13</sup>.

Las noticias de la técnica de Córdova llegaron hasta la capital de la nación. Los maestros de primeras letras de la ciudad de México, al fundar la "Academia de Primera Enseñanza" en febrero de 1827, publicaron un folleto sobre el estado de la educación y elogiaron el método del chiapaneco. Recomendaban a los mexicanos que no se engañaran por técnicas importadas: "y sin ocurrir a tierras lejanas puede ser que en nuestro país encontremos arbitrios que satisfagan los deseos de la Academia". Hay una mención específica del método de Matías de Córdova: "Testigos presenciales aseguran que los resultados de este método son verdaderamente maravillosos"<sup>14</sup>.

En 1828 el Congreso de Chiapas decretó el establecimiento de una escuela normal bajo el sistema del fraile, a la que debían

<sup>12</sup> "Advertencia a los maestros", AGG, *Municipalidad. Año de 1824*, legajo 9, núm. 15 (23075); TORRES QUINTERO, art. cit.

<sup>13</sup> AGG, *Municipalidad. Año de 1824*, legajo 9, núm. 15 (23075). En el libro de 1828, según TORRES QUINTERO, Córdova empezó por establecer los principios básicos para la enseñanza de la lectura: "1) Es menos trabajoso conocer una letra y después otra, que de una vez todas las del alfabeto juntas. 2) Si al mismo tiempo se conoce una letra por su *figura*, su *sonido* y su *uso*, no se podrá confundir con las demás. 3) Lo primero y lo segundo, es decir, la *figura* y el *sonido*, se pueden conseguir escribiendo la letra y dándole la fonética respectiva. 4) El uso de las letras, o sea la tercera condición, se percibe combinando los sonidos de unas con otras. 5) Sabido el *silabeo*, es decir, esta combinación de las letras, ya podrá cualquiera escribir y leer las palabras. 6) El que ya sabe leer de cualquier modo, percibe cualesquiera excepciones que se le presenten", TORRES QUINTERO, art. cit.

<sup>14</sup> *Idea histórica de la fundación de la Academia de Primera Enseñanza con la oración inaugural y oda leídas en su apertura*, Imprenta del Supremo Gobierno, México, 1827, pp. 9-10.

asistir de dos a cinco individuos de cada división política del estado. La publicación del libro *Razón del método. . . y reglamento minucioso* probablemente divulgó el método en el sureste, a pesar de que Córdova murió en 1828, el mismo año en que se editó su obra<sup>15</sup>. En 1840, el pedagogo chiapaneco fray Víctor María Flores reconoció que parte de sus ideas sobre la enseñanza de la lectura se basaban en las de Córdova<sup>16</sup>.

#### MÉTODO DE LA COMPAÑÍA LANCASTERIANA

En 1822 se fundó en México la Compañía Lancasteriana, asociación filantrópica para promover el establecimiento de escuelas de primeras letras, según el sistema del inglés Joseph Lancaster. En 1798 este pedagogo había abierto en Inglaterra una escuela para niños pobres y, con objeto de ahorrar dinero, desarrolló un sistema por el cual los alumnos más avanzados enseñaban a grupos de diez compañeros. Esta “enseñanza mutua” entre los estudiantes, dirigida por un solo maestro, se difundió con rapidez en Europa, los Estados Unidos y las nuevas repúblicas americanas<sup>17</sup>.

Aunque el uso de “monitores”, nombre que se dio a los estu-

<sup>15</sup> Según LARROYO, el libro de Córdova se publicó en 1825; cf. FRANCISCO LARROYO, *Historia comparada de la educación en México*, Porrúa, México, 1967, p. 243. Además de pedagogo, Córdova era poeta, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País de Guatemala, fundador en 1819 de la Sociedad Económica de Chiapas y dirigente de la independencia en 1821. En 1797, Córdova ganó el primer premio en el certamen de la Sociedad guatemalteca con el ensayo “Utilidad de que todos los indios y ladinos se vistan y calcen a la española y medios de conseguirlo sin violencias”. En 1815 fue electo provincial de los dominicos. Introdujo la imprenta en Chiapas. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 1965, pp. 401-402; ROBERT JONES SHAFER, *The economic societies of the Spanish world (1763-1821)*, Syracuse University Press, Syracuse, N. Y., 1958, pp. 210, 249.

<sup>16</sup> VÍCTOR MARÍA FLORES, *Método doméstico ya experimentado para enseñar y aprender seguramente a leer y escribir*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1889, pp. 14, 20, 27; GUTIÉRREZ, *op. cit.*, p. 1; TORRES QUINTERO, art. cit.

<sup>17</sup> TANCK DE ESTRADA, “Las escuelas lancasterianas en la ciudad de México, 1822-1842”, *HMx*, 22 (1973), p. 494. El uso de monitores, la división de los alumnos en grupos según su habilidad en cada asignatura, las divisas de mérito y castigo, los semicírculos, los “telégrafos”, etc., formaron todo un sistema de instrucción. Dentro del sistema educativo de Lancaster se enseñaba la escritura simultáneamente con la lectura.

diantes que enseñaban a los demás, era el aspecto que más llamó la atención, el sistema de Lancaster presentaba además una innovación importante para la alfabetización: fue el primero que daba gran divulgación al método de enseñar la escritura al mismo tiempo que la lectura, práctica no muy común a finales del siglo XVIII. Se lograban dos ventajas con esta técnica. Por una parte, era mucho más barato, ya que Lancaster no usaba papel y plumas, que eran caros, sino arena y palitos o pizarras y pizarrines. En un libro que describía el método, el inglés presentó un cálculo que demostraba que la práctica antigua de escribir con papel costaba 96 libras para enseñar a 60 alumnos, mientras que su método costaba sólo 3 libras. Además, no se usaban silabarios o cartillas individuales para la lectura (que representaban otro gasto), sino grandes carteles del alfabeto y sílabas que se colgaban frente a todos los alumnos<sup>18</sup>.

Por otra parte, enseñar la escritura junto con la lectura tenía ventajas pedagógicas: era más rápido y menos aburrido. Lancaster indicó que con el método de enseñanza individual usado antes, “si había veinte muchachos en una escuela, cada uno tendría un libro y uno por uno leería o deletrearía a su maestro mientras que los otros diecinueve niños miraban sus libros, o a su alrededor, o hacían lo que querían”<sup>19</sup>.

Lancaster dividió a los discípulos en ocho clases. Los alumnos del primer grupo dibujaban las letras de molde en una mesa especial que tenía arena en la superficie. Primero, veían la letra escrita en un cartel colgado frente al grupo; la pronunciaban y luego la trazaban sobre la letra que el monitor hacía en la arena. Como observó Lancaster: “En cualquier lugar la arena es un sustituto

<sup>18</sup> JOSEPH LANCASTER, *Improvements in education as it respects the industrious classes of the community: containing a short account of its present state, hints towards its improvement and a detail of some practical experiments conducive to that end*, 2ª ed., Darton and Harvey, London, 1803, p. 53. En México, en 1835, el maestro Mateo Chousal presentó al Ayuntamiento el “Plan por el cual se pueden calcular los gastos de consumo en cada mes y de los utensilios de más duración que pueden emplearse en una escuela de primeras letras y con arreglo a la cartilla o reglamento de la Compañía Lancasteriana en México”. Al comparar el costo de pizarras y pizarrines para los alumnos de 2º a 6º grado con el costo de papel, plumas y tinta para los de 7º y 8º, se puede apreciar el ahorro relacionado con el uso de pizarras. Para los grados de 2º a 6º (50 alumnos) el costo fue de 3 pesos, 10 reales, para el 7º y 8º (20 alumnos) 3 pesos, 3 reales. Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de México (en adelante AAMex), *Instrucción pública en general*, vol. 2478, exp. 326, 4 de octubre de 1835.

<sup>19</sup> LANCASTER, *op. cit.*, p. 56. (La traducción es mía.)



más barato que los libros”<sup>20</sup>. En la segunda clase se usaban pizarras y pizarrines. Aprendían a reconocer y escribir letras cursivas y de ahí en adelante practicaban la lectura y la escritura de sílabas de dos letras. Los alumnos aprendían a tomar y utilizar los pizarrines como si fueran plumas. La combinación de la vista, el oído y la actividad manual facilitaba el aprendizaje y permitía mayor participación y atención entre los estudiantes. “En este sistema, la escritura, al principio, está utilizada más como un medio de instrucción que como un fin en sí mismo. Los niños aprendían a leer letras, sílabas y palabras, al escribirlas en sus pizarras antes de leerlas en los carteles o en sus libros<sup>21</sup>. Al describir el método lancasteriano en un periódico mexicano en 1822, Lucas Alamán comentó que “los niños fijan más su atención sobre lo que escriben, que sobre lo que no hacen más que ver”<sup>22</sup>.

Según la *Cartilla lancasteriana*, publicada en México en 1824 y reimpressa en 1833, de la tercera a la quinta clases se aprendían las sílabas de tres a cinco letras, respectivamente. En la sexta, las palabras de seis letras que tenían dos sílabas. Por las mañanas se usaba la letra mayúscula y por las tardes, la minúscula. Los grupos séptimos y octavo hacían ejercicios de caligrafía, usando papel y pluma. Se copiaba el juego de muestras del calígrafo español Torquato Torío de la Riva, en papel que el maestro había preparado anteriormente con líneas horizontales y verticales, para guiar la formación de la letra. Los alumnos de la octava clase escribían “de suelto”, o sea, en papel sin rayas y aprendían, bajo la dirección del maestro, a cortar las plumas<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> LANCASTER, *Improvements in education as it respects the industrious classes of the community. Containing among other important particulars, an account of the institution for the education of one thousand poor children, Borough Road, Southwark; and of the new system of education on which it is conducted*, 3ª ed., London, 1805, p. 46. La idea de usar arena vino de otro pedagogo inglés, Andrew Bell. En la primera clase los alumnos aprendían primero las letras; *I H T L E F i L*; luego las letras con trazos inclinados: *A V W M. N. Z K Y X*; y finalmente las letras con curva: *O U. C. J G D P B R O S* y *a o b d p*, etc. Se cuidaba la enseñanza de letras que tenían formas similares: *o b y d p*.

<sup>21</sup> *Manual of the Lancasterian system of teaching reading writing arithmetic and needle-work as practised in the schools of the Free School Society of New York*, Samuel Wood and Sons, New York, 1820, p. 21. (La traducción es mía.)

<sup>22</sup> *Sabatina Universal*, México, 28 de septiembre de 1822, p. 284.

<sup>23</sup> COMPAÑÍA LANCASTERIANA, *Cartilla lancasteriana: sistema de enseñanza mutua para las escuelas de primeras letras de los estados de la República Mexicana*, Agustín Guiol, México, 1833, pp. 20, 22-24. Larroyo indica que en las escuelas lancasterianas no se enseñaba simultáneamente la lectura y la escritura, afirmación que no compartimos, ya que los documentos muestran que se enseñaba

Al introducirse el método lancasteriano en México, se adaptó a las condiciones locales. Parece que había escasez de pizarra en México, pues no se utilizaba como en Inglaterra, para los techos de las casas, por lo que se buscó maneras de sustituirla. También se incorporaron ideas sobre el método mutuo del francés Conde de La Borda, y de las escuelas lancasterianas de España.

Tanto Alamán, en su artículo de 1822, sobre la enseñanza mutua, como Matías de Córdova y la Compañía Lancasteriana en la *Cartilla*, en 1824, incluían comentarios sobre la manera de sustituir pizarras y pizarrines. Alamán decía que si faltaban pizarras se podría usar “cartones que vienen preparados en Inglaterra de manera que se escribe sobre ellos con gis”. O si faltaban cartones y gis, se podrían usar “tablas bien lisas, o bastidores, dados de negro con una composición de aceite de chía y carbón . . .”<sup>24</sup>. El gis se podía hacer de yeso molido y atole.

Matías de Córdova en Chiapas indicaba a los maestros que se daría a los alumnos pizarras, o “en su defecto, piedras lisas de mollejon y cuando no, ladrillos bien raspados”. Para que el gis no fuera duro, recomendaba que se hicieran las barritas de yeso inmediatamente después de haberlo batido<sup>25</sup>.

La *Cartilla* de la Compañía Lancasteriana aconsejaba que

en lugar de pizarras de piedra podían usarse cartones negros pulimentados y en lugar de lápices [palabra utilizada en esta época para significar pizarrines] gises blancos; se recurriría a este arbitrio tan económico en el caso de no haberlas de piedra. Los lápices o pizarrines pueden hacerse de las pizarras rotas, y aun de los trozos más pequeños de éstas pulverizadas se hace con goma una argamasa [. . .] amoldada en canutos.

También se hacía gis mezclando yeso y jabón. Parece que desde 1831 ya no se hacía el gis en las escuelas, sino que se compraban gises blancos ya fabricados<sup>26</sup>.

---

a leer y escribir al mismo tiempo. “Por rutinarios y memoristas se caracterizaron los procedimientos de las escuelas lancasterianas. La enseñanza de la lectura y la escritura por ejemplo, se impartió en ellas, aún en la segunda mitad del siglo XIX, a tenor de los viejos usos del deletreo, rechazándose asimismo la forma didáctica de enseñar simultáneamente a leer y escribir”; LARROYO, *op. cit.*, p. 240.

<sup>24</sup> *Sabatina Universal*, 28 de septiembre de 1822, p. 287.

<sup>25</sup> “Advertencia a los maestros”, AGG, *Municipalidad. Año de 1824*, legajo 9, núm. 15 (23075).

<sup>26</sup> COMPAÑÍA LANCASTERIANA, *Cartilla* . . . , p. 9; AAMex, *Compañía Lancas-*

En México, según la *Cartilla lancasteriana*, nunca se enseñaron las letras de molde para la lectura ni para la escritura. Los carteles y cartones del alfabeto y de sílabas se pintaban o se imprimían en letras cursivas<sup>27</sup>. El estilo manuscrito itálico o bastardo se utilizaba desde la primera clase en vez de enseñar letras de molde y luego cambiar a la cursiva, como se hacía en Inglaterra y los Estados Unidos. Ésta parece haber sido la práctica en México<sup>28</sup>.

Para los alumnos que usaban papel y pluma en las últimas dos clases, el maestro tenía que preparar las líneas, ya que el papel de trapo era liso, sin rayas. Esta operación requería bastante tiempo; el maestro tenía que trazar las líneas horizontales y diagonales con una pauta. Este aparato era una tabla de madera que tenía cuerdas estiradas sobre su superficie y adheridas con nudo en el reverso. Las cuerdas estaban colocadas sobre la tabla para formar renglones horizontales y diagonales. Para hacer que estas líneas aparecieran en el papel, se metía la pauta dentro de un pliego de papel doblado y luego con una barrita de plomo se frotaba sobre la superficie de la hoja donde las cuerdas se señalaban. Así se preparaban las líneas que guiaban al alumno en la formación de las letras. Para 1829 parece que se empezó a vender papel rayado. Un artesano, el “encordador de pautas”, se refirió a “este comercio, algo en decadencia”<sup>29</sup>, aunque en 1835 todavía se usaban pautas en las escuelas municipales de la capital<sup>30</sup>. Jalisco empezó a emplear papel rayado en 1837<sup>31</sup>. Las escuelas lancasterianas de la ciudad de México compraban este nuevo tipo de papel

*teriana*, vol. 2444, enero 1833; Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Compañía Lancasteriana*, vol. 1, 1831.

<sup>27</sup> COMPAÑÍA LANCASTERIANA, *Cartilla...*, pp. 10, 21-22.

<sup>28</sup> Algunos educadores contemporáneos comparten la opinión sobre la ventaja de enseñar sólo una forma de escritura. Se opina que pasar tres o cuatro años escribiendo en letra de molde, con sus líneas rectas y círculos, hace difícil cambiar después a la letra cursiva, que requiere una habilidad diferente para formar las letras. En la ciudad de Portland, Oregon, en los Estados Unidos, se adoptó en 1983 la medida de no enseñar a escribir con letras de molde en la preprimaria y primeros grados de la primaria, sino de utilizar desde el principio del aprendizaje el estilo caligráfico del siglo XVI, el itálico. Este estilo es bastante parecido al usado en el México colonial y en la primera mitad del siglo XIX, conocido con el nombre de bastardo, y divulgado por el texto del calígrafo Torquato Torío de la Riva; *Time*, 21 de marzo de 1983, p. 86.

<sup>29</sup> AAMex, *Instrucción pública en general*, vol. 2478, exp. 286, 17 de febrero de 1829.

<sup>30</sup> *Ibid.*, exp. 326, noviembre de 1835.

<sup>31</sup> Manuel López Cotilla y su obra, Imprenta Galve, Guadalajara [1961], p. 91.

en 1842<sup>32</sup>. (En 1845 se empezó a fabricar en México papel hecho de pulpa de madera, y como resultado el precio bajó considerablemente<sup>33</sup>.)

Posiblemente la mayor disponibilidad de papel importado, combinada con la escasez de pizarras, explica el cambio que se nota en el *Reglamento* para las escuelas lancasterianas de Guanajuato, escrito en 1831, en que no se menciona el uso de arena, sólo el de pizarras en la primera clase. De ahí en adelante, los alumnos empleaban papel y pluma para aprender a escribir la letra cursiva. La tinta era de un “cocimiento de palo de Brazil con un poco de alumbre, cuyas manchas pueden quitarse fácilmente”<sup>34</sup>.

La enseñanza de la lectura en las escuelas lancasterianas no ofrecía mayores innovaciones. Se seguía usando el deletreo, aunque se combinaba con el silabeo (como ya era práctica común en el siglo XIX). La *Cartilla lancasteriana* decía: “El instructor dice, por ejemplo, bon-dad; el primer discípulo deletrea la primera sílaba b, o, n, bon; el segundo la segunda sílaba d, a, d, dad y el tercero une las dos sílabas, bondad”<sup>35</sup>. Después de saber deletrear y silabear el alumno leía palabras enteras y frases, muchas de las cuales ya sabía de memoria porque eran textos o lemas conocidos.

<sup>32</sup> El papel hecho de pulpa de madera, introducido alrededor de 1840, venía rayado. Costaba 8 pesos la resma en 1842, comparado con el precio del papel de trapo, sin rayas, que en 1833 costaba 4 pesos, 2 reales. AGN, *Compañía Lancasteriana*, vol. 4, junio de 1842. AAMex, *Compañía Lancasteriana*, vol. 2444, enero de 1833.

<sup>33</sup> MORENO VALLE, *op. cit.*, p. xxv. Hay noticias del establecimiento de una fábrica de papel en San Ángel por José Manuel Zozoya, pero no se ha podido comprobar que funcionara. JUAN A. MATEOS, *Historia parlamentaria de los Congresos mexicanos*, Imprenta de J. V. Villada, México, 1882, t. 5, 15 de abril de 1829, p. 462.

<sup>34</sup> *Reglamento general para las escuelas de primera enseñanza del Departamento de Guanajuato*, Impreso por Juan E. de Oñate, Guanajuato, 1840, pp. 6, 19, 32. Un estudio acerca de las importaciones en México demuestra que entraron cantidades considerables de papel y plumas: 1825: papel común 1, 133, 151 y plumas para escribir 64, 325; 1826: papel común 1, 278, 307 y plumas para escribir 2, 709; 1827: papel común 391, 473 y plumas para escribir 7, 231; 1828: papel de medio florete 67, 262 y papel florete 7, 750. INÉS HERRERA, *El comercio exterior de México, 1821-1875*, 3 ts., tesis de doctorado, El Colegio de México, 1976, t. 3, pp. 253, 255, 263, 270, 272, 278.

<sup>35</sup> *El Sol*, 23 de mayo de 1824. COMPAÑÍA LANCASTERIANA, *Cartilla...*, pp. 24-27; Cartas de maestros municipales en que describieron el método de enseñar la lectura, AAMex, *Instrucción pública en general*, vol. 2478, exp. 363, abril de 1838.

## LOS MÉTODOS DE FLORES, GARCÍA DE SAN VICENTE Y OTROS

Si Matías de Córdova sentó las bases en México para el método fonético de enseñar la lectura, fue fray Víctor María Flores quien logró sistematizar, perfeccionar y divulgarlo en todo el país. Flores, también chiapaneco y dominico, publicó en 1840 el *Método doméstico ya experimentado para enseñar y aprender seguramente a leer y escribir*<sup>36</sup>. En la introducción opinaba sobre las dificultades que tenían los alfabetizandos debido a los métodos existentes: el deletreo, la cartilla común, la explicación teórica de la pronunciación antes de la presentación de las sílabas y la enseñanza separada de la lectura y la escritura.

La mención que hacía Flores de la persistencia de estas prácticas en 1840, después de varias décadas de crítica e intentos de reformas pedagógicas, indica la dificultad real que siempre había existido para que los maestros aceptaran cambios en su manera de enseñar. Flores notaba que todavía se usaba en muchas partes “el método común”, en el que se comienza “por el racimo rudo y funesto de los nombres de los signos”, o sea el deletreo<sup>37</sup>. Se usaba, también, la cartilla común con su multitud de sílabas sin sentido —“ans, ast, tral, etc.”—, que hacían opinar a Flores: “el tiempo borraré indefectiblemente este método maligno de la superficie de la tierra”<sup>38</sup>. El chiapaneco criticaba también la práctica de dar explicaciones ortológicas sobre la posición de la lengua y la boca para lograr la correcta pronunciación de las articulaciones; para aprender a caminar, decía, no es necesario explicar al niño la regla de no levantar el pie de atrás hasta no tener bien fijo el de adelante, o la ley de la gravedad, sino “olvidando semejantes teorías, provocarlo a andar haciendo todo eso *prácticamente*”<sup>39</sup>.

Para Flores, era obvio que no se debía confundir al alumno con explicaciones sino comenzar con lo que era “más natural y fácil”, o sea, las sílabas, sin preocuparse de los nombres de las letras, ni de su pronunciación:

<sup>36</sup> En tres ocasiones, FLORES mencionó explícitamente el método de Córdova, FLORES, *op. cit.*, pp. 14, 20, 27; LARROYO, *op. cit.*, p. 244.

<sup>37</sup> LARROYO, *op. cit.*, p. 244; FLORES, *op. cit.*, pp. 14-15.

<sup>38</sup> FLORES, *op. cit.*, pp. 9-10.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 13. Pensaba que “el dar las leyes antes de las cosas, el empezar por lo oscuro, lo profundo, los conceptos refinados son las causas verdaderas del mucho trabajo, largo tiempo y poca extensión de las letras en la sociedad humana”, p. 16.

¿No es injusticia agravar [al estudiante] con toda la cadena de signos desde los más remotos, cual es el nombre de la letra, pudiendo empezar por los más próximos como son las sílabas [. . .]. Para enseñar las sílabas deberemos desde luego evitar las teorías, que quizá nos han perdido, y sólo fijemos la atención en lo que prescribe la naturaleza [. . .]. Pues más fácil sería, y es, enseñarles sencillamente que este par de figuras, *ta*, se llama *ta*, haciendo todo eso, y sin decirle si hay tal letra *t*, ni si se llama *te* en el mundo, ni lo que significa, ni el modo de juntarla a la vocal *a* [. . .]<sup>40</sup>.

Para lograr la lectura de sílabas, Flores las presentaba por orden de dificultad. Su método, o “modo ordenado de hacer fácilmente una cosa”, consistía en 66 lecciones que se podrían terminar en dos meses. El fraile dividió las sílabas en dos clases: simples y compuestas. En las primeras 34 lecciones se enseñaban las simples (una consonante y una vocal); de la lección 35 en adelante, las sílabas compuestas, o sea, sílabas simples, pero con un modificador o letra añadida: *bar*, *dar*, etc.<sup>41</sup>. En general, las sílabas se practicaban dentro de palabras reales, aunque a veces eran algo forzadas: “*fea*, *felipe*, *faena*, *fue*, *fatuo*, *ufano*, *filipina*”.

La mayoría de las lecciones tenían una cuidadosa explicación al maestro de lo que se iba a enseñar y cómo hacerlo; había ade-

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 12, 15. FLORES hace una crítica implícita del método de Córdoba: “Ningún nombre debe darse a las letras mientras se enseñan, pues cualquiera que sea produciría anomalías, si la *b* llamamos *ab* [método de Córdoba], en la mente del niño al unirla con la *o* resultará *abo*; si *bi*, resultará *bio*, etc.”, p. 20.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 11, 18-19. En su opinión los principios imprescindibles de un método para enseñar la lectura eran: “1) Todo método debe en lo posible empezar por los signos que más próximamente representen el pensamiento. 2) En todo método debe enseñarse a un tiempo el arte de leer y el de escribir. 3) Ninguna letra, excepto las vocales, debe llevar nombre alguno mientras se enseñan. 4) En todo método deben las letras ser enseñadas de una en una, combinándolas desde que se enseñan con las letras ya sabidas. 5) En todo método deben subsanarse del modo posible las irregularidades y excepciones de los alfabetos”. Este último punto refería a la idea de Flores de que se debía eliminar, o por lo menos no enseñar, sílabas superfluas como *qe*, *je*, *xe*, *que*, *re*, *ze*, *ce*. FLORES, *op. cit.*, p. 22. LARROYO, al reproducir los cinco puntos de Flores, pone “subrayarse de modo posible. . .” en vez de “subsanarse”; este cambio altera lo que quiso decir Flores. Larroyo también indica que el chiapaneco “vislumbra el procedimiento de las *palabras normales*, en la enseñanza de la lectura, esto es, el método que toma como base ciertas palabras, cuya descomposición lleva al conocimiento, primero, de las sílabas y, después, de las letras”. LARROYO, *op. cit.*, p. 245.

más ejercicios que el alumno debía llevar a casa para practicar. Este “método doméstico” representaba una novedad, porque implicaba una tarea de repetición y mayor comprensión hecha en el hogar por el estudiante, con su familia. No se usaban textos, sino pizarras o tabletas con gis. La lectura y la escritura eran simultáneas. Las sílabas y palabras de cada lección del *Método* estaban impresas en letra cursiva para que se aprendiera este estilo desde el principio. Aún en 1840 Flores reconoció que todavía muchos maestros no incluían la escritura con la instrucción de la lectura: “Es un error, y no deja de serlo aunque sea común, enseñar primero a leer y después a escribir, pues ambas cosas no sólo no son opuestas, sino que evidentemente reclaman simultaneidad”<sup>42</sup>.

En comparación con otros métodos de este periodo, el de Flores ofrecía ventajas considerables:

Se distingue por su sistematicidad, orden y claridad. Ya olvidada la preocupación obsesiva de sus predecesores por la pronunciación exacta, Flores logra centrarse en el blanco de la lectura-escritura. Desgraciadamente, se queda en la sílaba y en la palabra aislada. Además de presentar una guía tan precisa y acabada como la de su *Método doméstico* para la lectura, hubiera sido recomendable que hiciera una guía o un librito para la lectura de textos completos para alcanzar un éxito aún mayor<sup>43</sup>.

De todos modos, parece que el método de Flores tuvo gran aceptación y difusión. Se siguió publicando durante el porfiriato por la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública y se utilizó también en el periodo 1921-1922, durante la campaña de alfabetización de adultos de José Vasconcelos, el primer Ministro de Educación Pública<sup>44</sup>.

El pedagogo mexicano de más renombre durante las cuatro primeras décadas del México independiente fue el sacerdote Nicolás García de San Vicente (1793-1845). Fundador en 1828 de la Sociedad Protectora de Instrucción Pública en Tulancingo, diputado federal en 1831-1832, traductor del francés de la Biblia de Vencé y de la *Historia de la California* de Francisco Javier Clavi-

<sup>42</sup> FLORES, op. cit., p. 20.

<sup>43</sup> Opinión de la lingüista Rebeca Barriga, que ha analizado los métodos de Rafael Ximeno, 1790; Montero, 1815; Matías de Córdova, 1824; la *Cartilla lancasteriana*, 1833; García de San Vicente, 1843, y Víctor María Flores, 1840.

<sup>44</sup> *Boletín de la Universidad*, 1921, núm. 3, p. 55.

jero (del italiano) y autor de textos de geografía, cosmografía, caligrafía según las reglas de Torío de la Riva, ortografía española en verso, escribió una obra de alfabetización<sup>45</sup>. En 1880 fue honrado por su estado natal de Hidalgo con una estatua en el Paseo de la Reforma.

El *Silabario nuevo ordenado por un método que facilita, abrevia y perfecciona el aprendizaje de la buena pronunciación* (1843) se dividía en 53 lecciones<sup>46</sup>. Se empezaba con la pronunciación de las cinco vocales, presentadas en cuatro formas de escritura: impresa y cursiva minúscula e impresa y cursiva mayúscula. Las primeras siete lecciones se dedicaban a enseñar varias combinaciones de vocales en diptongos y triptongos, con explicaciones sobre la manera de pronunciarlos y con ejemplos de algunas palabras ilustrativas: a-ei; e-aí; e-áo; é-aó. Tra-éis; mene-áos; vé-aos<sup>47</sup>.

En la lección 8 se comenzaban a presentar sílabas formadas por una consonante y una vocal. Primero se presentaban da, de, di, etc., y la, le, li, etc., acompañadas con algunas frases que contenían palabras con estas sílabas, que se escribían divididas por guiones: “la i-de-a de la lo-a le a-du-la”. García de San Vicente hacía hincapié, todavía en 1843, en la importancia de evitar el deletreo: “Hará el maestro que el niño pronuncie éstas y las restantes sílabas sin obligarle a que las deletree, ni mentarle para

<sup>45</sup> “García de San Vicente”, en *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 1965, p. 632; MICHAEL COSTELOE, *La primera república federal de México (1824-1835)*, FCE, México, 1975, p. 469. En 1834 García de San Vicente presentó a la Dirección General de Instrucción Pública del régimen de Valentín Gómez Farías “una ortografía española” para uso en las escuelas de la Dirección, AGN, *Justicia e instrucción pública*, vol. 2, f. 97, 8 de febrero de 1834. En 1836 se publicó *Ortografía española acomodada a la pronunciación mejicana, puesta en verso e ilustrada con muchas reglas nuevas*, Impreso por Mariano Arvalo; FRANCISCO ZIGA, *Bibliografía pedagógica. Libros de texto para enseñanza primaria: 1850-1970. II Libros de Gramática*, núm. 12, 1975, 146-193, p. 163 (sobretiro del *Boletín* del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM). Hay mención de una edición de 1830, impresa por Galván, que no hemos encontrado. “García de San Vicente”, *Diccionario Porrúa*. . . , p. 632. En 1897 la *Ortografía* alcanzó su 31ª edición, lo que significa una edición cada dos años.

<sup>46</sup> “García de San Vicente”, en *Enciclopedia de México*, t. 5, 1971, p. 186. Hemos usado la edición de 1849. En 1844, la Compañía Lancasteriana compró seis docenas y media de un “Silabario nuevo” por un peso la docena. Probablemente este texto fue el de García San Vicente. AGN, *Compañía Lancasteriana*, vol. 3, abril de 1844.

<sup>47</sup> GARCÍA DE SAN VICENTE, *Silabario nuevo ordenado por un método que facilita, abrevia y perfecciona el aprendizaje de la buena pronunciación*, Imprenta de Galván, México, 1849, p. 3.



nada los nombres de las consonantes, porque uno y otro causan grave perjuicio'<sup>48</sup>.

Tanto García como Víctor María Flores dedicaban la primera parte de cada lección a las "familias" de sílabas, o sea, combinación de una consonante con cada una de las cinco vocales: na, ne, ni, no, nu. Luego García formaba frases: "Mi ma-má me ama y me mi-ma. Me da-ñó la lu-na en la ala-me-da", y Flores las presentaba en palabras: nana, pana, lana, luna<sup>49</sup>. A García le interesaba la buena pronunciación y sus consejos al maestro se dirigían a este fin más que a la manera de enseñar la lectura. En referencia a las frases con *m* y *n*, por ejemplo, decía: "Aquí se cuidará de que al pronunciar las sílabas *am*, *em*, etc., se cierren los labios al fin de cada sílaba para que éstas no se confundan con *an*, *en*, etcétera"<sup>50</sup>.

Nos parece que el método de Flores, especialmente en las primeras lecciones, era más adecuado para enseñar a leer, ya que desde el principio el alumno empezaba con la lectura de sílabas y palabras, "papi, pato, topa, pipa", en vez de la pronunciación de vocales y diptongos sin sentido. Para el neófito, poder leer palabras simples en las primeras clases debe haber significado mayor estímulo que articular sonidos complicados de vocales durante siete lecciones. García utilizaba frases completas para practicar la lectura, que, aunque a veces eran difíciles y forzadas, probablemente eran más interesantes para el alumno que las listas de palabras presentadas por Flores.

A excepción de la advertencia sobre la importancia de no usar el deletreo, García de San Vicente no ofrecía explicaciones al maestro sobre cómo enseñar a leer; sólo daba consejos sobre la pronunciación. Las instrucciones de Flores sobre la práctica diaria de las "familias" de sílabas, los ejercicios que se debían realizar en casa y la breve guía que acompañaba cada lección hacían que su texto fuera más completo como método pedagógico.

#### OTROS MÉTODOS

Los textos de Flores y García de San Vicente fueron los métodos más divulgados durante las primeras tres décadas del México in-

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 5-6; FLORES, *op. cit.*, p. 37.

<sup>50</sup> GARCÍA DE SAN VICENTE, *op. cit.*, p. 6.

dependiente. También se utilizaron en este periodo los de José Mariano Vallejo, Juan Olivella y Sala y la *Cartilla* de 1847.

En 1825 Vallejo publicó en Madrid la *Teoría de la lectura o método analítico para enseñar y aprender a leer; independientemente del conocimiento aislado de las letras, del silabeo y deletreo*, reimpresa en México el año siguiente. En 1833 el periódico *Fénix de la Libertad* presentó una reseña del libro y del texto de Juan Olivella y Sala, *Método breve y fácil para enseñar a leer en corto tiempo*, publicado en La Habana en 1829. El periodista mencionaba que estos métodos seguían el de Vicente Naharro, español, que a principios del siglo había escrito el *Silabario* para enseñar a leer. Naharro insistía en el silabeo en vez del deletreo. El periodista mexicano refería que la ley educativa española había prohibido el deletreo en 1825. Tanto en el método de Vallejo como en el de Olivella era “innecesario conocer los nombres que se dan a las letras, [puesto] que se considera como embarazoso”<sup>51</sup>.

La *Cartilla o silabario para uso en las escuelas*, de autor anónimo, fue publicada en México en 1847. No incluía explicación alguna sobre el método que debía seguir el maestro para enseñar la lectura, pero por su presentación de las vocales y el alfabeto en las primeras dos lecciones se puede deducir que se practicaba la pronunciación de las letras y el deletreo. Las clases siguientes se referían a sílabas: da de di . . . fe fi fa; ba be bi . . . ve vi vo<sup>52</sup>. A veces se añadía una explicación breve sobre la pronunciación de las sílabas, pero no se incluía ninguna palabra ni frase que las ilustrara. En las últimas dos páginas de las dieciséis del librito, se presentaban un soneto a la Virgen de Guadalupe (cuya imagen aparecía en la portada) y un poema que se supone eran para practicar la lectura. Ni en orden de presentación ni en las pocas explicaciones presentaba la *Cartilla* novedad o avance en el método.

#### EL NIVEL DE ALFABETIZACIÓN

En las décadas inmediatamente posteriores a la independencia no había encuestas o estadísticas referentes al porcentaje de la po-

<sup>51</sup> *Fénix de la Libertad*, 23 de julio de 1833, p. 3. El periodista también se refería a los pedagogos de Port-Royal, quienes al principio del siglo XVIII empezaron a criticar el deletreo y “dieron por nombre a las letras el mismo sonido o articulación que representaban [. . .] a este nuevo método [. . .] se le dio el título de silabeo”.

<sup>52</sup> *Cartilla o silabario para uso en las escuelas*, Impreso por Valdés y Redondos, México, 1847, pp. 2-3.

blación que sabía leer y escribir. Sin embargo, Joel Poinsett, diplomático de los Estados Unidos, y José María Luis Mora, político mexicano, anotaron sus impresiones sobre este tema.

Tanto Poinsett como Mora eran generalmente críticos de la situación social y política de México, y ambos indicaron que el nivel de alfabetización era considerable. Poinsett comentaba en referencia a las condiciones urbanas del país en 1822:

La mayor parte de los habitantes de las ciudades saben leer y escribir. No quiero que esto se interprete en el sentido de que incluyo a los léperos también, pero con frecuencia he visto a hombres vestidos con el traje de la penuria extrema, que leían las gacetas en las calles [...]<sup>53</sup> La clase trabajadora en las ciudades y pueblos incluye a gente de todas las castas y colores; es industriosa y amante del orden y se fija con interés en lo que sucede a su alrededor. Casi todos saben leer; y en las grandes ciudades suelen pregonarse periódicos y folletos que se venden a precios módicos<sup>54</sup>.

Las observaciones del norteamericano al comienzo del periodo independiente indican que la efervescencia política fomentó la lectura entre el pueblo<sup>55</sup> y que había muchos alfabetizados entre los habitantes de los grandes centros urbanos, especialmente en la ciudad de México. Se podría atribuir el alcance del alfabetismo

<sup>53</sup> JOEL ROBERTS POINSETT, *Notas sobre México (1822)*, pról. y notas de Eduardo Enrique Ríos, Jus, México, 1950, p. 135.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>55</sup> El historiador LAWRENCE CREMIN presenta unas consideraciones interesantes sobre el alfabetismo y el aumento en la cantidad de literatura política que ocurrió durante la guerra de independencia de los Estados Unidos, a finales del siglo XVIII: "En su expresión mínima, el alfabetismo implica la capacidad técnica de leer y entender la escritura y la letra impresa. Pero aparecen inevitablemente las preguntas: ¿qué clase de escritura e impresos?, ¿para qué fines? Claro que el campesino inglés del siglo XVI, que podía leer algunos pasajes de las Sagradas Escrituras y la liturgia y poco más, y que realmente tenía poca necesidad y oportunidad de leer cualquier otra cosa, estaba alfabetizado en un sentido fundamentalmente diferente de su contrapartida del siglo XVIII, que podía leer el periódico y que esperaba esa lectura como una fuente de información sobre los asuntos públicos. De hecho, debemos distinguir entre lo que se podría llamar un alfabetismo inerte, en el que una competencia técnica mínima se combina con motivaciones, necesidades y oportunidades limitadas, y una capacidad de leer más liberadora, en la cual una competencia técnica creciente se combina con motivaciones, necesidades y oportunidades en expansión. Así entendido el alfabetismo pasa a ser no sólo la capacidad técnica de un individuo, sino la capacidad técnica en interacción con un ambiente literario [...]. Ahora bien, lo que explica buena parte del carácter de la socie-

entre la gente de la capital al hecho de que en los años anteriores a 1821 había aumentado el número de escuelas de primeras letras y que la mayoría de los alumnos asistían a escuelas gratuitas<sup>56</sup>.

Mora escribió sobre el gran esfuerzo educativo realizado en el país durante la década que siguió a la independencia y el efecto de las escuelas sobre el nivel de alfabetización, no sólo en las ciudades, sino en los pueblos y lugares más alejados:

La enseñanza primaria no se perfeccionó pues, gran cosa, pero se difundió asombrosamente por toda la república, pues los estados, los prefectos y ayuntamientos trabajaron todos con constancia, actividad y buen éxito en sacar a las masas del embrutecimiento en que se hallaban.

La educación de las masas no mejoró, porque no se sabían los medios de lograrlo, pero se difundió con una rapidez asombrosa y de que hasta entonces no había ejemplo. Las escuelas fueron imperfectísimas, pero se establecieron en todas partes, y una parte muy considerable de las masas aprendía a leer mal y escribir peor, pero aprendía<sup>57</sup>.

Un artículo de prensa de 1830, cuyo autor probablemente fue Mora, anotaba:

El número de escuelas de primeras letras establecidas en México después de la independencia a consecuencia de la adopción del sistema federativo, escede a toda ponderación. En las ciudades, en las villas, en los pueblos, en las rancherías, y hasta en las haciendas o fincas rústicas de los particulares las hay, al menos para leer y

---

dad norteamericana durante las últimas décadas del siglo XVIII es la interacción histórica entre un alfabetismo en relativa expansión y una política relativamente extensa. Al aumentar el interés popular por los asuntos públicos, la prensa fue alimentada por un mayor número de lectores, lo cual a su vez no hizo más que aumentar la motivación para leer entre segmentos cada vez mayores de la población'' (LAWRENCE A. CREMIN, *American education. The colonial experience, 1607-1783*, Harper and Row, New York, 1970, pp. 548-549).

<sup>56</sup> Se ha calculado que en 1820 las escuelas de primeras letras en la ciudad de México satisfacían entre el 48 y el 62% de la demanda potencial. Había 54 escuelas en la capital, con una inscripción de 3 564 alumnos. Más de la mitad de los alumnos asistían a escuelas gratuitas. TANCK DE ESTRADA, *La educación ilustrada (1786-1836). Educación primaria en la ciudad de México*, 2ª ed., El Colegio de México, México, 1984, pp. 197-201.

<sup>57</sup> JOSÉ MARÍA LUIS MORA, *Obras sueltas*, 2ª ed. Porrúa, México, 1963, pp. 110-111. En 1838 había en la ciudad de México 65 escuelas con una inscripción de 3 611 alumnos; TANCK DE ESTRADA, *La educación ilustrada...*, p. 197.

escribir [. . .]. Este loable empeño que tanto honor hace a los mejicanos, ha surtido todos sus efectos, pues en el día es muy raro encontrar aun en las últimas clases quienes carezcan de este género de instrucción<sup>58</sup>.

Los autores añadieron a sus comentarios sobre la alfabetización observaciones referentes a la disponibilidad de libros en la sociedad de México. Poinsett decía que la Inquisición había limitado la entrada de muchos volúmenes pero que el gobierno republicano había intentado facilitar la provisión “de las mejores obras modernas”. En 1822, sin embargo, se encontraba que en las librerías eran “exorbitantemente caros”<sup>59</sup>. En 1830, se atribuía el alto costo de los libros a la gran demanda que había entre el número elevado de lectores:

Hasta las clases más pobres tienen los libros suyos que lean y procuren entender, y la mayor prueba de esta verdad es el precio alto en que se han mantenido los libros; a pesar de la asombrosa importación que se ha hecho de este artículo de comercio y de estar enteramente libres de derechos, ningún efecto se ha mantenido constantemente en tan alto precio<sup>60</sup>.

Dos datos adicionales indican que aun en las clases media baja y baja había cierto nivel de alfabetización. El viajero inglés Thompson se sorprendió al ver que los sirvientes en la ciudad de México sabían leer y escribir y pensó que tal vez se podría atribuir esto a las escuelas lancasterianas<sup>61</sup>. Aun entre los hombres y jóvenes arrestados por el Tribunal de Vagos en la capital entre 1828 y 1875, el 21% podía escribir su nombre<sup>62</sup>.

El interés por la lectura entre el pueblo y el nivel considerable de alfabetización eran características del periodo de 1820 a 1840. Pedagogos mexicanos se esforzaron por desarrollar y divulgar mejores métodos para enseñar la lectura a un mayor número de niños. Autores como Córdova, Flores y García de San Vicente es-

<sup>58</sup> *Indicador de la Federación*, 4 de diciembre de 1833, pp. 26-27.

<sup>59</sup> POINSETT, *op. cit.*, p. 135.

<sup>60</sup> *Indicador de la Federación*, 4 de diciembre de 1833, p. 26.

<sup>61</sup> WADDY THOMPSON, *Recollections of Mexico*, Wiley and Putnam, New York, 1846, p. 152.

<sup>62</sup> Agradezco al historiador Federick Shaw por haberme proporcionado estas estadísticas basadas en datos en AAMex, *Tribunal de Vagos*, vols. 4151 a 4154. Las estadísticas completas son:

taban familiarizados con los avances pedagógicos de Europa, pero inventaron sus propios sistemas basados en su experiencia como maestros y su conocimiento de la realidad mexicana. Debido a ellos, aun antes del surgimiento de la Escuela Normal de Orizaba y los estudios de Enrique Laubscher durante el porfiriato, existía una tradición pedagógica mexicana que había introducido el silabeo y un orden sistemático en la enseñanza de la lectura.

DOROTHY TANCK DE ESTRADA  
El Colegio de México

<i>Año</i>	<i>Número de arrestados</i>	<i>Los que firmaron</i>	<i>Porcentaje</i>
1828-1829	22	5	22.7
1830-1831	157	35	22.3
1835	78	13	16.6
<i>Total</i>	257	53	20.6

En su estudio sobre Inglaterra en la época preindustrial, el historiador social PETER LASLETT incluye interesantes observaciones sobre la relación entre el nivel de alfabetización y los cambios en el sistema político. Señala que es importante averiguar cuál es el porcentaje de la población que sabe leer y escribir: "El descubrir cuál era la proporción de la población que podía leer y escribir en un momento dado es una de las tareas más urgentes a las que se enfrenta el historiador de la estructura social que está comprometido con el uso de métodos numéricos. El reto no sólo es el de encontrar las pruebas e inventar maneras de que arrojen resultados confiables; es un reto a la imaginación histórica y literaria" (PETER LASLETT, *The world we have lost*, Scribners, New York, 1984, p. 233).